# Los antiguos poblados y pobladores de nuestra zona.

*Los Castillejos (Beteta), restos del recinto amurallado.*

## Introducción.

Desde la Edad del bronce, el territorio conquense tuvo un poblamiento relativamente intenso, tal y como viene demostrando la investigación arqueológica. Los vestigios que se conocen de este periodo en nuestra zona son muy numerosos, indicando que las poblaciones humanas siguieron unos determinados patrones de asentamiento.

En nuestras tierras, son muchos los cerros habitados, pero la falta de una investigación en profundidad hace que la mayoría no se pueda catalogar y datar con rigor, aunque en muchos de ellos, la simple observación ocular sirve para determinar unas características fácilmente reconocibles.

En la Edad del Hierro se produjo un extraordinario avance en la evolución cultural y tecnológica de los habitantes de las tierras conquenses. En un principio podría pensarse en pueblos ganaderos, dado que las características del terreno se prestan más a esta economía de subsistencia que a la agricultura, más relacionada con tierras de La Mancha, menos frías y llanas.

Caro Baroja consideró que estos pueblos ocupaban «áreas pastoriles con caracteres más arcaicos que los de la celtibérica». Algunos datos de las fuentes literarias avalan la importancia de la ganadería, pero la búsqueda de poblaciones ganaderas trashumantes no ha dado, en general, resultados apreciables en la Península Ibérica.

Avieno (siglo IV a. de C.) en su «Ora Marítima»,485-489, dice:

*«Más allá se encuentran los Beribraces, en el lugar donde la tierra se aleja del mar, se extienden de forma muy amplia en una región cubierta de bosques; es una tribu agreste y feroz, que vagan con los rebaños de su numeroso ganado, alimentándose de una manera muy pobre, con leche y mucho queso, desarrollando una vida semejante a la de las fieras...».*

Creo sinceramente, que es una exageración, ya que quizá Avieno tomó esta descripción de un texto primitivo, de un derrotero griego, anterior en casi un milenio a Avieno.

La mención de los Beribraces en su relación al Júcar y al Turia parece significativa: los contactos de los comerciantes con el interior desde la costa, siguiendo los ejes fluviales, llevaron no a una colonización, sino a un mero tráfico mercantil. A unos establecimientos temporales con funciones de mercado.

Así pues, en la versión que los indígenas de la zona dieron al navegante griego, afirman que en la región entre el Júcar y el Turia existía una gran extensión montañosa, que por la ubicación de la misma, lo más probable es que se refiera a la Serranía de Cuenca y sus aledaños. En el texto se les denomina Beribraces y eran pueblos pastoriles. Quizá la apreciación de que vivían como las fieras sea simplemente un prejuicio del griego que quiso contraponer la idea entre barbarie y civilización, denominando así a este pueblo. En cuanto a la alimentación, lo lógico entre comunidades pastoriles es que sea esa su

principal dieta, dado que son las materias que ellos producen y que son, sin duda, su principal fuente de alimentación, junto con la carne.

Los primeros poblados construidos, fortificados en cerros y colinas de fácil defensa, controlando el territorio circundante y albergando en su interior a un pequeño grupo de familias, fue un episodio muy importante en la Meseta española de esta misma época (800-300 a. de C.) Algunos de estos castros, como genéricamente se mencionan a estas poblaciones, se han localizado en el extremo de antiguas fronteras y divisiones de tierras, como podría ser el caso de Beteta y podría explicar la tendencia a una progresiva identificación entre comunidades aldeanas y zonas concretas del paisaje.

En el área Alto Tajo-Alto Jalón se establece el emplazamiento en alto como lugar de asentamiento predominante durante la Edad del Hierro, si bien se observan una serie de características concretas que los diferencian en tres sí, y que se van a ir perfilando a lo largo del tiempo. Se dan dos tipos de emplazamiento: en cerro aislado y espolón, por una parte, y en loma, por otra. Estas variantes dejan entrever, junto con otras de carácter morfológico y funcional, principalmente, varios tipos con relación al patrón de poblamiento, ya que en función de su extensión se dan diferentes valores: pequeños asentamientos, inferiores a 0,15 hectáreas, asentamientos de mediano tamaño que no superan las 0,5 hectáreas, asentamiento de entre 0,5 y una hectárea y grandes asentamientos de más de una hectárea, que son los menos. Estas variaciones nos permiten establecer un modelo concreto de jerarquización del hábitat, que va a desarrollarse en los periodos posteriores.

Con respecto a los sistemas defensivos, las murallas presentan unos rasgos constructivos similares, ya que suelen constar de dos paramentos realizados en mampostería, trabados en seco, entre los que hay un relleno de piedra, siendo el recrecido del lienzo de adobe o tapial. Estas murallas son perimetrales, salvo en aquellas partes escarpadas en que no son necesarias y se adaptan a la topografía del terreno, como es el caso del Castillo de los Siete Condes de Beteta. El grosor oscila entre 2,5 y 3 metros. En algunos casos está constatada la existencia de un foso excavado en la roca, que protege el recinto murado propiamente dicho.

En cuanto a la ordenación urbanística, se establece el modelo de poblado de planta central como el más generalizado. Las edificaciones son de pequeño tamaño, de planta rectangular, construidas mediante un zócalo de piedra de mampostería, recrecido de adobe o tapial y cubierta de ramaje, y normalmente adosadas entre sí mediante muros medianeros, apoyando la trasera de estas al interior de la muralla y con la puerta orientada al centro del recinto, que es un espacio libre de construcciones, posiblemente de carácter comunitario. El interior se divide en un vestíbulo, seguido de una habitación donde se llevaría a cabo la vida cotidiana, siendo la parte trasera el lugar destinado a almacén.

Desde el punto de vista económico, predomina la producción ganadera, principalmente formada por ovicápridos, que se ve complementada por una agricultura pobre y de subsistencia. Por otra parte cabe destacar la explotación del hierro (Cueva del Hierro y otros), quedando muchos vestigios de las fundiciones del mismo, con gran presencia de escorias, como en Los Villares de Masegosa, San Antón, Peralejos y otros. También fueron importantes el cobre, el estaño y la sal, ya que aparecen restos de explotación en varios parajes, de cobre posiblemente entre san Antón y Peralejos, y sobretodo de salinas, como es el caso de Valsalobre. Se generaliza también la producción alfarera, realizada a mano y a torno y de cocción oxidante y se observa una gran variedad de formas, destacando las jarras trilobuladas, aunque persisten las de épocas anteriores.

En esta zona del Alto Tajo, se producen

unos tempranos contactos procedentes del área mediterránea, que influirán decisivamente en el desarrollo interno de los grupos aquí asentados, imprimiendo una personalidad concreta que desemboca en la formación de la cultura celtibérica.

Entre otros, los poblados más importantes de la zona, conocidos, son:

## Los Castillejos (Beteta).

En la carretera que une Beteta con Valsalobre, poco después de pasar la ermita de la Virgen de La Rosa, a la derecha, se divisan dos promontorios, casi gemelos, conocidos con el nombre de Los Castillejos. Subir hasta ellos es complicado, aunque más fácil al que está más a la izquierda, dado que hay una senda o pequeño camino para llegar. Al otro, el de la derecha, es duro por la pendiente y la cantidad de aliagas que lo pueblan.

Ambos forman parte de un todo, aunque el que presenta unas características más acordes con un castro celtibérico es el que hemos situado antes en la izquierda. Desde allí se domina la fértil vega del Guadiela y sigue conservando restos del lienzo de muralla que lo circunvala y en el que han aparecido proyectiles de honda de plomo, cabezas de fíbulas de la Carpetania, alguna moneda y los restos de una falcata. La cerámica es muy numerosa en sus laderas, abundando tanto las realizadas a mano como a torno. En este último apartado, predominan por lo general pastas depuradas, bien cocidas, todas con desgrasante inapreciable a simple vista. Los tonos son rojizos, ocre claro o siena en su mayor parte.

En el otro cerro, más elevado que el anterior, lo primero que observas en su cima es un gran amontonamiento de piedras de lo que debió ser un torreón defensivo. La maleza impide una mejor observación.

Deslizándonos ladera abajo, hacia el noreste, llegamos a una llanura que estuvo habitada, dada la cantidad de bloques de piedra esparcidos en toda su extensión, pero que al no haberse hecho un estudio sistemático ni prospecciones rigurosas, no podemos aventurarnos a afirmar de que asentamiento se trata, aunque yo me inclino a pensar, por las características observadas, de que es un yacimiento de la Edad del Hierro. Allí he encontrado algunos proyectiles de honda realizados en plomo, típicos de los celtíberos.

*Cerro de los Castillejos (Beteta).*

## Castillo de los Siete Condes.

Aguas arriba del río Cuervo, desde el Solán de Cabras, podemos divisar un impresionante promontorio de piedra al que sólo se puede acceder desde El Tobar o desde Beteta por El Palancar. La península que lo forma se une a la montaña por un pequeño istmo en el que se yerguen los restos de fortificación para defender el único acceso posible al poblado. Desde antiguo se ha denominado a este paraje como Castillo de los Siete Condes, e incluso en algunos documentos de los siglos XVII y XVIII se le denominaba ya así, «Castillo de Sicuendes», dando a entender que era un poblado medieval cuando en realidad se trata de un yacimiento de la Edad del Hierro, seguramente celtíbero, dadas las características de su ubicación, la distribución de sus calles y las cerámicas abundantes que aparecen en superficie, tanto realizadas a mano como a torno. También aparecen restos de aljibes para recoger el agua de lluvia, dada la

dificultad de bajar hasta el río, con un desnivel en vertical de más de 120 metros.

*Castillo de los Siete Conde (Beteta).*

Su defensa era muy fácil, ya que la situación del mismo lo hacía inexpugnable, teniendo solamente un sistema defensivo en la entrada al istmo, único lugar posible de ataque y siendo lo demás una muralla natural, de imposible acceso. Los habitantes de este poblado debieron dedicarse a la ganadería principalmente, aunque pudo también ser un refugio seguro pera grupos que se dedicaban al saqueo o pillaje de los poblados vecinos, realizando sus correrías impunemente y regresando después a su refugio seguro. O dedicarse a la guerra de guerrillas contra los romanos, atacando por sorpresa a la retaguardia y regresando a su escondite poco después. Esto son especulaciones, que quedarían solventadas con un estudio en profundidad del lugar a cargo de arqueólogos especializados. De cualquier forma es un paraje espectacular y único.

## Peña del Castillo (Hoz de Beteta).

En la Hoz de Beteta, cerca del Paseo Botánico, justo enfrente, se yergue la majestuosa Peña del Castillo. Si subimos por la carretera de Carrascosa, al coronar la cuesta, y giramos por un camino que está a la izquierda en dirección a la Hoz de Beteta, podemos llegar hasta el paraje que está justo encima de la Peña del Castillo. Es una llanura asentada sobre el promontorio rocoso, en el que podemos divisar los restos de un asentamiento que controló durante siglos el paso obligado por la hoz. Es un paraje increíble. Seguramente su origen es también celtibérico y desde allí atacarían a las legiones romanas que atravesaban la hoz. Posteriormente tras la dominación romana, éstos siguieron utilizando el asentamiento con el mismo fin. Se han encontrado utensilios romanos y alguna moneda tardorromana del emperador Honorio. A la belleza del lugar hay que añadirle su situación estratégica y única de dominio sobre el paso obligado para quienes querían acceder a la zona de Beteta y sus aledaños.

*Peña del Castillo (Hoz de Beteta).*

## Castillo de la Truquitaina (Santa María del Val).

En Santa María del Val, hace ya mucho tiempo me llevaron a un paraje que está a la izquierda de la carretera de Poyatos, sobre las escarpadas rocas casi inaccesibles para llegar al paraje de extraño nombre, denominado «Castillo de la Truquitaina». Recuerdo que era un asentamiento con vestigios perecidos a los que hemos mencionado en los yacimientos anteriores y que debió de ser también un yacimiento de la Edad del Hierro. Debo volver de nuevo allí si es que soy capaz de ello y tratar de investigar más concienzudamente los restos que quedan del mismo, pero no es

de extrañar que sea uno de estos tipos de poblados que proliferaron en gran número en nuestra Serranía y que se ajustan a las características del mundo celtíbero.

*Santa María del Val.*

## Masegosa, cerro junto a los Villares.

No sé exactamente su nombre, pero tomando el camino del lavadero y sobre los huertos de la zona, se levanta un cerro en el que aparecen gran cantidad de amontonamientos de piedras y paredes. También aparecen gran cantidad de escorias de hierro que denotan que en ese paraje, aparte de estar habitado, debió de haber una fundición, dada la proliferación de las mismas. Quizá pertenezcan al poblado de «Los Villares», próximo al lugar del que hablo.

*Masegosa, yacimiento sobre Los Villares*

Allí encontré también un anillo de bronce, sencillo, pero muy antiguo, posiblemente ibérico, aunque podría ser también medieval, dado que al ser simplemente un aro de bronce, muy bien conservado, es difícil asegurarlo.

Todas estas conjeturas deben ser contrastadas con estudios más profundos, realizando trabajos arqueológicos de campo y analizando más en profundidad los restos de cerámicas que afloran en superficie. El espacio habitado es de gran extensión y se ajusta también a las características de cerro habitado de más de una hectárea. La verdad es que hay mucho trabajo por hacer, pero una vez situados espacialmente, la misión debe recaer en expertos que, desgraciadamente no han mostrado el más mínimo interés.

*Escorias esparcidas por el yacimiento.*

## Peñas de Lobao (Masegosa).

Aunque ya Joaquín Esteban Cava dedicó un estupendo artículo en la revista anterior dedicado al tema, quiero mencionar también este paraje y la gran cantidad de paredes que rodean o circunvalan La Cabezuelilla, La Cabezuela o Cercas de la Dehesa, haciendo mención especial a las «Peñas de Lobao». ¿Qué hubo en realidad en este paraje? Parece a simple vista que la gran cantidad de paredones que ocupan estos lugares pueden ser restos de murallas y de edificaciones que formarían un gran núcleo habitado. Su configuración

observada a través de satélite parece indicarnos esto, pero yo he pataleado el lugar y hay algo que he echado de menos en un yacimiento de esta envergadura y que es la falta de cerámica. Lo primero que salta a la vista en un yacimiento arqueológico, por pequeño que sea, es la abundancia de restos cerámicos que nos ayudan a comprender con facilidad de qué época son y por tanto a tener una idea aproximada de la datación del yacimiento. No quiere esto decir que las Peñas de Lobao no sean los restos de una ciudad, dado que la sedimentación aquí es bastante notable, pero he buscado por los arrastres del agua y por los cortes de los caminos del entorno y tan sólo he encontrado un fragmento de cerámica lisa, sin dibujos, posiblemente ibérica o de características semejantes, y que al menos a mi me lo parece.

¿Quizá estamos hablando de otra cosa? ¿Un agostadero, tal vez, de la Mesta? Yo no me atrevo a contradecir a Joaquín pero tampoco puedo afirmar a ciencia cierta que en el paraje de las Peñas de Lobao hubo una gran ciudad. O talvez sí. ¿Quizá Lobetum, dada su similitud fonética? Ni que decir tiene que me encantaría. Se habría encontrado el eslabón de alguna de las ciudades perdidas, todavía sin ubicación exacta y a las que Ptolomeo sitúa en el norte de la provincia de Cuenca. Tal vez Urbiaca, a la que los investigadores sitúan no muy lejos de aquí… Sería un descubrimiento fascinante.

Sea como fuere, lo importante es que tan sólo un estudio hecho con rigor por especialistas, podrá sacarnos de la duda sobre lo que se esconde en las entrañas de este paraje, grande en extensión y en misterio. Ahí tienen un reto…

**Carlos Solano Oropesa.**

Hidroeléctrica del Guadiela

C/. San Martín de Porres, s/n
Telfs.: 969 313 110 - 969 313 126
969 313 161 - 969 313 241

Puente de Vadillos (Cuenca)